

MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

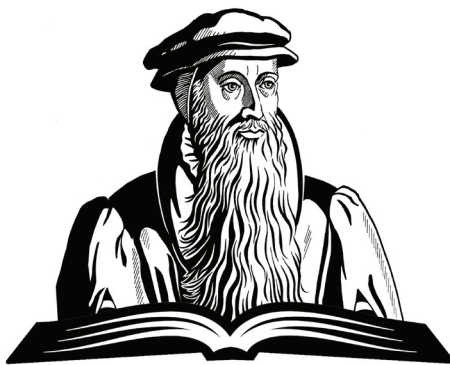
El Matrimonio Bíblico

Rev. Robert McCurley (M.Div.)

En 8 lecciones

Lección #2

La unidad en el matrimonio



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2024 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con ánimo de lucro, a excepción de citaciones breves con el propósito de revisar, comentar o investigar, sin el permiso por escrito del editor, el Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. Robert McCurley es ministro del evangelio de la Iglesia Presbiteriana de Greenville [*Greenville Presbyterian Church*], en Taylors, Carolina del Sur, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada) [*Free Church of Scotland (Continuing)*], del presbiterio de los Estados Unidos de América.

greenvillepresbyterian.com



El Matrimonio Bíblico

en 8 lecciones

por el Rev. Robert McCurley

1. Prioridades en un matrimonio bíblico
2. La unidad en el matrimonio
3. La cabeza de la mujer
4. Siervo y pastor
5. Esposas piadosas I
6. Esposas piadosas II
7. La comunicación y la crianza
8. Las finanzas y las relaciones físicas

Lección #2

La unidad en el matrimonio

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN #2

Si visitas un puerto en el mar, y bajas a los muelles, encontrarás barcos y otras grandes embarcaciones atadas. Si te fijas bien, descubrirás que los barcos están anclados a los muelles con grandes cuerdas cuidadosamente tejidas. Las fibras de la cuerda están fuertemente trenzadas para darles mayor fuerza, pero si se desenredan las cuerdas y se atara una sola cuerda al barco, esta sería débil, se rompería cuando el viento y las olas comiencen a separar al barco del muelle.

El matrimonio bíblico es como una cuerda bien trenzada. Cuando un esposo y una esposa están atados a Cristo, y luego entrelazados en unidad bíblica, el matrimonio es fuerte. Pero cuando comienza a desenredarse, se vuelve frágil e incapaz de soportar las presiones de la vida.

¿Qué amenaza la unidad en el matrimonio? ¿Cómo se manifiesta una desunión? ¿De qué nos dice Dios que nos cuidemos? ¿Cómo protegemos un matrimonio piadoso de influencias dañinas? ¿Cómo podemos restaurar la unidad cuando ha sido socavada o debilitada? ¿Y qué vínculo ha provisto Dios específicamente para la preservación del matrimonio bíblico?

En la primera lección, establecimos a partir de las Escrituras que Dios define la unidad como una prioridad principal en un matrimonio bíblico. En esta lección, veremos cómo se puede mantener esta unidad, en medio de todos los problemas y obstáculos que amenazan con romper la unidad en el matrimonio.

Consideraremos tres cosas: En primer lugar, la amenaza del pecado. Todo matrimonio, incluso un matrimonio bíblico, consiste en dos pecadores: un esposo pecador y una esposa pecadora. La mayor lucha del creyente está relacionada con la guerra contra el pecado. Pablo lo dice claramente en Romanos 7:14 en adelante.

Ahora, esto es cierto en la vida en general, por lo que, no debería sorprendernos que el pecado también sea la raíz de todos los potenciales problemas en el matrimonio. La Biblia dice que las ofensas surgirán siempre que haya dos pecadores involucrados. Santiago escribe: «Porque todos ofendemos en muchas cosas», en el capítulo 3, verso 2. Y en el siguiente capítulo dice: «¿De dónde vienen las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿No vienen de aquí, de vuestros deseos por los deleites, los cuales combaten en vuestros miembros?».

Dos de los principales pecados que amenazan la unidad y la búsqueda del amor son: El egoísmo, que básicamente dice: «yo primero»; y el orgullo, que dice: «yo soy el mejor». El creyente no puede elevarse a sí mismo y a su deseo, sin causar daño él o ella a su matrimonio. Además, la raíz del problema al ofenderse por las acciones del otro, a menudo proviene de haber buscado en el lugar equivocado nuestra fuente principal de gozo. Deseamos obtener lo que queremos, en lugar de encontrar gozo en Cristo mismo. Ya hablamos de esto en la primera lección.

El pecado ocasiona conflictos personales, incluyendo la ruptura de la relación matrimonial. Cuando esos conflictos no se previenen, deben resolverse. Pero antes de abordar la resolución de conflictos, debemos recordar que la motivación para resolverlos bíblicamente no puede ser egoísta. En otras palabras, podemos estar motivados a resolver un conflicto sólo por nuestro deseo de paz personal, o tal vez para conseguir algo que queremos. Así que tenemos que estar en guardia contra esto, y hacer lo correcto por las razones correctas, es decir, buscando la gloria de Dios, y el bien de nuestro cónyuge.

Esto nos lleva a la resolución bíblica de conflictos. En la primera lección, nos centramos en cómo cultivar la unidad. Ahora estamos abordando cómo reparar la unidad cuando se ha roto, y eso requiere que pensemos específicamente en cómo resolver los conflictos que surgen dentro del matrimonio.

En primer lugar, absolutamente todas las discusiones o desacuerdos deben resolverse bíblicamente para mantener la unidad. La tentación es barrer los problemas bajo la alfombra, pero eso nunca está permitido. Son esos tipos de conflictos no resueltos y postergados los que se acumulan con el tiempo, y destruyen los matrimonios. Así que, si en lugar de barrer la habitación, y tirarlo todo a la basura, solo lo barres debajo de la alfombra, y lo haces de nuevo al día siguiente, y al siguiente... finalmente, terminarás con una montaña bajo la alfombra. Muchos matrimonios enfrentan este mismo problema donde han tenido meses, tal vez años, de simple-

mente poner las cosas bajo la alfombra sin jamás resolver bíblicamente los conflictos que han surgido.

Pues bien, esto requiere varios compromisos bíblicos por parte de cada creyente. Resolver los conflictos bíblicamente implica, en primer lugar, la necesidad de decirle a tu cónyuge lo que has hecho *antes*, *durante* y, tal vez, *después* de una discusión que fue pecaminosa o hiriente para ti. Esto es lo que dice Jesús en Mateo 18:15: «Por tanto, si tu hermano pecare contra ti, ve y redargúyelo entre tú y él a solas; si te oyere, has ganado a tu hermano». Por tanto, aquí está el principio de ser abiertos, de cultivar la confianza, expresando francamente las cosas que el cónyuge ha hecho y que son pecaminosas contra nosotros.

Pero, en segundo lugar, tenemos que admitir ante nuestro cónyuge nuestra propia ofensa, y nuestro propio pecado, idealmente incluso antes de que nos lo digan, si es posible. Piensa en las palabras de Jesús en Mateo 5:23-24: «Por tanto, si trajeres tu ofrenda al altar, y allí te acordares de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda».

Así que, si sabemos que hemos hecho o dicho algo pecaminoso, debemos tomar la iniciativa de reconocerlo delante de nuestro cónyuge. En fin, ambas cosas requieren humildad. En 1 Pedro 5:5-6, leemos: «Todos sujetos unos a otros, revestíos de humildad, porque: Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os ensalce a su tiempo». Así que la humildad es necesaria. Otra cosa que se requiere es la abnegación. Y también necesitamos tener un mayor compromiso con un matrimonio piadoso que con nuestros propios sentimientos y derechos.

Bien, todo esto siempre debe terminar no sólo confesando el pecado, sino también concediendo perdón bíblico al otro. Si un cónyuge señala el hecho de que su esposo o esposa ha pecado contra él, o si un cónyuge toma la iniciativa y reconoce ese pecado antes de tiempo, eso es sólo el primer paso. Debe haber un seguimiento que lleve al perdón. Eso significa prometer enterrar el asunto, y no sacar a relucir el pecado perdonado ante los demás. También significa no recordar ese pecado a tu cónyuge, o revivir la ofensa, ni siquiera en tu propia mente. Debe ser así, porque así es como la Biblia define el perdón.

El perdón, como veremos, incluye el compromiso de olvidar. Debemos perdonar de la misma manera que Dios perdona. Efesios 4:32 lo dice: «Perdonándoos los

unos a los otros, como también Dios os perdonó en Cristo». Nos perdonamos los unos a los otros de la misma manera que Dios perdona a Su pueblo en Cristo; y Dios perdona olvidando, digámoslo así.

Sabemos que Dios es omnisciente, lo sabe todo, pero fíjate en el lenguaje de las Escrituras. En muchos lugares a través de los profetas y los salmos, dice que Él echa los pecados del creyente tras Sus espaldas, que los arroja en las profundidades del mar, que los aleja de ellos, tan lejos como está el oriente del occidente, y no se acordará más de ellos. Bueno, hay muchos otros ejemplos con ese mismo concepto. Dios está apartando el pecado de en frente de Su rostro, por decirlo así. Él no guarda ese pecado. Él está enterrando el asunto del pecado, y esto es lo que Dios llama a Su pueblo a hacer en relación con los demás.

De modo que, en el contexto de un matrimonio en el que uno de los cónyuges ha pecado contra el otro, o ambos han pecado el uno contra el otro, cuando hay un acuerdo de perdonarse, realmente es una promesa de olvidar, una promesa de enterrar el asunto que ha surgido. Así que, si piensas en el panorama general de tratar una ofensa pecaminosa, tienes dos partes.

Por un lado, está el receptor de la ofensa, es decir, la persona contra la que se ha pecado, y como vimos en Mateo 18, hay un proceso a seguir: Debes ir y decirle a tu hermano, a tu marido o a tu mujer, cómo ha pecado contra ti. Pero la Biblia también nos dice la actitud con la que hay que seguir el proceso. Gálatas 6:1, dice: «Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado».

Así que, tenemos a la persona contra la que se ha pecado, por un lado. Pero luego, por otro lado, tenemos al perpetrador de la ofensa; tenemos al que está pecando, que ha pecado contra el otro, y vimos nuevamente el proceso a seguir en Mateo 5. Si eres consciente de que has pecado, de que tu hermano tiene algo contra ti, debes dejar tu ofrenda en el altar, e ir a reconciliarte con tu hermano. Pero, la Biblia también nos dice con qué actitud debemos hacer esto en 1 Pedro 5:5, donde se nos dice que debe haber humildad, como señalamos antes, una humillación de nosotros mismos al reconocer nuestra maldad.

Entonces, si pensamos en términos generales, en el panorama general, lo que debería ocurrir es que cuando hay un conflicto entre un esposo y una esposa que produce una desunión, tanto la persona que ha pecado como la persona contra la

que se ha pecado deberían caminar de regreso el uno al otro y se encontrarán, por decirlo así, en el medio. Se encontrarán mientras regresan el uno al otro para resolver el conflicto que ha surgido.

Debemos pensar en los modelos de reconciliación que el Señor nos ha dado en las Escrituras. Así que, en primer lugar, si puedes pasar por alto una ofensa con amor, entonces deberías hacerlo. No es necesario abordar absolutamente todo lo que nos parezca ofensivo. Por eso, 1 Pedro 4:8 dice: «Y sobre todo, tened entre vosotros ferviente amor, porque el amor cubrirá multitud de pecados». ¿Qué significa esto? Significa que mientras más ames a tu cónyuge será más fácil para ti ser paciente con él o con ella. Hay muchas situaciones en las que una ofensa pasajera y menor debería ser cubierta simplemente con amor.

Pero en segundo lugar, si la ofensa es de tal naturaleza que no puedes pasarla por alto, que quizás lo has intentado, pero no puedes sacarla de tu mente, y aún sigues lidiando con tus emociones... Entonces deberías confrontar cuidadosamente a tu cónyuge con su pecado, como vimos en Mateo 18:15.

En tercer lugar, la persona que está siendo confrontada debe recibir humildemente la amonestación. Y, si lo que se dice es verdad, entonces debe arrepentirse por ello, y reconciliarse con su cónyuge.

En segundo lugar, en esta lección, tenemos que pensar en servir a Cristo en unidad como coherederos; esa es la descripción de un esposo y esposa piadosos. En 1 Pedro 3:7 leemos que ambos esposos son «coherederos de la gracia de la vida». Ahora, ¿qué implica servir a Cristo como coherederos? Bueno, en primer lugar, el esposo debe conocer y entender a su esposa. Ese mismo pasaje en 1 Pedro 3:7 dice: «Igualmente vosotros, maridos, habitaad con ellas con entendimiento, dando honor a la mujer como a vaso más frágil». Un esposo sabio aprenderá a conocer a su esposa y a conocerla lo suficientemente bien como para servirse de ella plenamente como ayuda idónea, para poder aprovechar su consejo y su perspicacia, sus dones y sus habilidades. Esto implica saber lo que significa que ella sea un vaso frágil, y cuidarla como corresponde. Significa comprender sus limitaciones físicas, emocionales y espirituales, y sensibilidades.

Un marido piadoso se dedicará a honrarla, como vimos en 1 Pedro 3:7, y como se ve, por ejemplo, en Proverbios 31:28. Esto implica apoyarla, alentarla, e incluso defenderla y alabarla en público y en privado. Incluye que el marido la aprecie no

haciendo nada que se considere impropio, lo cual es un atributo del amor como se define en 1 Corintios 13:5.

Al acudir al Antiguo Testamento, descubrimos que la tarea del marido es alegrar a su esposa. En Deuteronomio 24:5, el Señor dice que un hombre en el Israel del Antiguo Testamento, ese primer año de matrimonio, se debe dedicar principalmente a alegrar a su esposa. Eso significa concentrarse en ser sensible a sus muchas necesidades.

Por otro lado, la esposa debe respetar y honrar a su marido. Eso se repite al menos tres veces en Efesios 5:22 en adelante. Una esposa sabia fortalecerá, defenderá y ayudará a su marido, incluso en sus debilidades. Piensa en Abigail en el Antiguo Testamento en 1 Samuel 25. Aunque Abigail es imperfecta, sin embargo, es un buen ejemplo en este sentido. La prudencia coronará la toma de decisiones de una esposa piadosa como dice Proverbios 19:14. También conocerá y cumplirá los deseos de su marido, según sus posibilidades. Fíjense en el ejemplo que da Pedro en 1 Pedro 3, donde se destaca especialmente el ejemplo de Sara en su relación con Abraham. Asimismo, Pablo habla de esto en Tito 2:5.

Además, una esposa virtuosa es laboriosa y productiva para su marido. El principal ejemplo de esto se encuentra en Proverbios 31. Y ella lo honrará acudiendo a él para recibir instrucción espiritual, consejo y ayuda. En 1 Corintios 14:35, Pablo les dice a los corintios que las mujeres deben guardar silencio en la iglesia, que si las esposas tienen preguntas, deben preguntarles a sus esposos en casa.

Entonces, como veremos más en la próxima lección, el esposo debe dar supervisión espiritual e instrucción a su esposa, y la esposa debe buscar eso de él. Una mujer piadosa honrará a su marido ayudándole a criar amorosamente a sus hijos en los caminos del Señor. Hay muchos ejemplos de esto tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Ella podrá incluso extender el ministerio de su familia para enseñar a otras damas a hacer lo mismo. En Tito 2, Pablo les dice a las mujeres mayores que enseñen a las más jóvenes a ser esposas y madres piadosas.

Ser coherederos de la gracia de la vida significa cultivar armonía. Podemos preguntarnos: ¿Cuáles son nuestras fortalezas y debilidades complementarias? Esto requiere cierta reflexión. Por ejemplo, espiritualmente: ¿Cómo nos complementamos mutuamente en nuestras fortalezas y debilidades? ¿Cuáles son tus pecados individuales con los que luchas especialmente, o las gracias con las que brillas de

manera especial? ¿Cuáles son los dones espirituales que el Señor te ha dado? ¿Cómo encajan las diferencias entre el marido y la mujer en estas áreas?

También puedes pensar en cómo se complementen el uno al otro emocionalmente: Los niveles de emoción, la frecuencia de las distintas emociones. Lo mismo puede decirse con respecto a las condiciones físicas, la salud, la fuerza, los niveles de energía, la capacidad de realizar diversas actividades. Habrá fortalezas y debilidades complementarias con respecto a sus intereses, ya sea en formación académica o intereses recreativos, etc. Y tienes que pensar en la relación que tienen entre dones y habilidades, o incluso en la relación que tienen en términos de diferencias de personalidad, diferentes temperamentos. Algunas personas se orientan hacia las tareas; otras se orientan hacia las personas, y hay muchas otras características que pertenecen a la personalidad de cada uno. ¿Cómo estas cosas, o cómo estas dos personas trabajan juntas para usar sus fortalezas al servicio del Señor Jesucristo?

En tercer lugar, en esta lección, debemos pensar en el vínculo de la unidad. Y el vínculo bíblico de la unidad son los votos. Dios ha provisto la ordenanza de los votos para la preservación de la relación matrimonial. Un voto es una promesa solemne en la presencia de Dios, y sirve como un vínculo adicional que unen al esposo y a la esposa. Esto refleja el hecho, o los votos reflejan el hecho de que el matrimonio es una relación de pacto. La Biblia utiliza la terminología «la mujer de tu pacto» en Malaquías 2:14.

Es pecaminoso, por ejemplo, para un creyente casarse con un incrédulo, unirse en yugo desigual con un incrédulo, como dice Pablo en 2 Corintios 6:14. Estar en yugo desigual es una imagen bíblica de estar atado o ligado a otro por un pacto. Imagínate a dos animales de carga, con un yugo sobre el cuello de ambos, tirando del arnés con ese yugo, para mover un carro, un arado o algo similar. Esta es una imagen bíblica de estar ligado a otro por un pacto.

La descripción del matrimonio al principio de la Biblia fue: «se unirá a su mujer, y serán una sola carne», Génesis 2:24. Ahora bien, si Dios convierte a un cónyuge después de haberse casado, y se encuentra en esa circunstancia casado con un incrédulo, debe procurar hacer lo mejor que pueda por continuar en esa relación, como Pablo lo aclara en 1 Corintios 7. Todo esto está respaldado por el hecho de que Dios es, en última instancia, el que une a un esposo y a una esposa en matrimonio. El Señor dice: «Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre», en Mateo 19:6.

Pues bien, ya que los votos son una parte importante de la unidad que Dios ha establecido para una relación matrimonial, tenemos que hacernos un par de preguntas. En primer lugar, ¿quién está involucrado en la realización de los votos? Y, esto es importante, porque los votos matrimoniales son, en primera y última instancia, para Dios mismo. Deuteronomio 23:21 dice: «Cuando prometieres voto a Jehová tu Dios, no tardarás en pagarlo, porque ciertamente lo demandará Jehová tu Dios de ti, y habría en ti pecado».

Pero, en segundo lugar, por supuesto, tu voto también es una promesa a otro. Por eso, un marido puede referirse a su mujer como esposa de pacto; Malaquías 2. Los asistentes a una boda, por ejemplo, tienen la responsabilidad de servir como testigos de los votos que se realizan. Con su asistencia a una boda, en realidad, se están comprometiendo a sí mismos, tanto a ser testigos como a hacerte cumplir tus promesas. Hay muchos ejemplos de esto en el Antiguo Testamento. Piensa en Josué 24:22, donde Josué pide testigos para los votos que Israel hacía delante de Dios.

Bien, esto subraya el hecho de que hacer votos es un asunto serio. Te animo a que mires el inicio de Eclesiastés capítulo 5. Allí aprendemos varias cosas. En primer lugar, que no debes hacer votos de forma rápida o precipitada. Eclesiastés 5:2 dice: «No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios, porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras». El verso 2 de ese mismo capítulo refuerza el hecho de que no debes hacerlos sin pensar. Debes ser reflexivo, debes ser consciente de lo que estás diciendo en tus votos. Una vez que se hace un voto lícito, ya no hay vuelta atrás, por mucho que te arrepientas. Si te fijas en el verso 4 de Eclesiastés 5, lo verás. También cantamos sobre esto en los Salmos. Piensa en el Salmo 76:11, o en el Salmo 15 al final del verso 4, donde se dice que un hombre piadoso aun jurando en daño suyo, no por eso cambia. Eso significa que es mejor no jurar que jurar y no cumplir. De nuevo en Eclesiastés 5:5: «Mejor es que no prometas, que prometas y no cumplas».

¿Ves la provisión misericordiosa que Dios ha dado al matrimonio en la ordenanza de los votos matrimoniales? Se trata de un vínculo adicional, si se quiere, que une al marido y a la mujer en la presencia y el temor de Dios. Es un instrumento para la preservación de esa relación.

Dios no sólo prescribe la unidad para un matrimonio bíblico, sino que también proporciona todas las instrucciones que necesitamos para preservar esa unidad. El pecado, como hemos visto, amenaza con romperla. Pero el evangelio de la gracia nos enseña acerca del arrepentimiento, y el perdón en Cristo Jesús. Te animo a que

repases tus notas, y busques los pasajes de la Escritura a los que nos hemos referido junto con tu cónyuge. Conversen acerca de los casos particulares de su relación en los que estos principios deberían haberse aplicado, y de otros casos en los que, tal vez, se aplicaron con éxito. Identifiquen las áreas específicas que necesitan ser cambiadas. Formulen un plan concreto de cómo van a aplicar estos principios bíblicos a los aspectos específicos de su propia situación.

Por ejemplo, si hay un cúmulo de conflictos que no se han resuelto bíblicamente en el pasado, hay que empezar a tratarlos. Y, por supuesto, debes bañar todo tu estudio y todas tus conversaciones con mucha oración. Sabemos que: «Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican», Salmos 127:1.

En la siguiente lección, nos centraremos en lo que la Biblia enseña sobre el rol y las responsabilidades de un esposo bíblico.